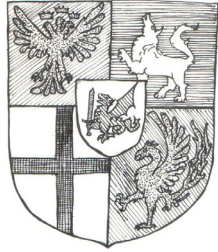


BENJAMÍN FRANZANI G.
Crónicas de una espada



BENJAMÍN FRANZANI G.

CRÓNICAS DE UNA ESPADA

CANTO I

EL LOBO DE PLATA



VUELO ÁRTICO

Crónicas de una espada. Canto I: El lobo de plata / Benjamín Franzani G.;
Santiago de Chile-Valencia, España; 2021

Edición: Luis San Martín Arzola

Portada y composición: Mario Mora Sanhueza

Ilustración de portada: Benjamín Franzani G.

Dirección editorial a cargo de Luis San Martín Arzola

1ª edición: agosto 2021

2a edición mejorada: enero 2026

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, del autor o el editor.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (Cedro) vela por el respeto de los citados derechos.

© Benjamín Franzani G., 2021

Santiago de Chile - Valencia, España

www.vueloartico.com |  @vueloartico

Más sobre este mundo de fantasía aquí:

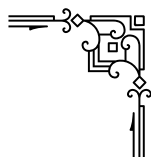
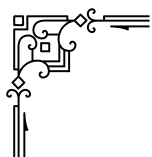


ÍNDICE

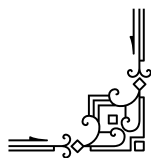
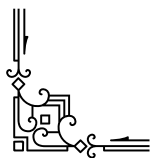
PREFACIO	9
CAPÍTULO I.....	17
CAPÍTULO II	23
CAPÍTULO III.....	35
CAPÍTULO IV	45
CAPÍTULO V	53
CAPÍTULO VI.....	61
CAPÍTULO VII.....	71
CAPÍTULO VIII	81
CAPÍTULO IX	89
CAPÍTULO X.....	97
CAPÍTULO XI	109
CAPÍTULO XII.....	121
CAPÍTULO XIII.....	137
CAPÍTULO XIV	145

MAPA DE LAS TIERRAS OCCIDENTALES Y EL IMPERIO DE DÁLADON





PREFACIO





*C*uernos de guerra se han levantado.
Horribles y oscuros, su son el mundo llena:
son los hombres, los pueblos que a su señor niegan.
Avanzan tambores, se confunden los corazones.
El entendimiento se ciega, la voluntad se ceba:
los unos con la boca le profesan mas con los hechos le olvidan
y los otros con toda el alma todo lo niegan.
¡Terrible destino! Así como las arenas en el bravo mar se deshacen
de ese modo desaparecen, muriendo y luchando,
quienes con valor lo eterno defendieron.
Una sombra se proyecta, como muro que aplasta.
Cayeron los soberanos y la luz se esconde,
es este el tiempo, es esta la noche, de los cerrojos y de las tinieblas
que toda verdad y luz niegan.

*Mas una voz desde lo más bajo se ha elevado.
Son los pobres y los humildes quienes claman:
¿dónde está el poderoso? ¿Dónde nuestro amparo?*

*Y una luz rasgó la oscuridad,
un brazo poderoso rasga el velo de las sombras.
Que clamen las trompas, canten los vientos:
una luz se enciende en las tinieblas, y el brazo fuerte las disipa,
siete son las antorchas, y tres de ellas brillan como el sol.
Oíd bien y entendened:*

*Las cuatro primeras son refugio y defensa de los pueblos,
las otras tres son su salvación.*

*Los tres filos se revelarán,
saldrán de su escondite y las cadenas se romperán.*

*Como columna de fuego es el primero
que con luz nueva ilumina el entendimiento
y disipa las tinieblas del error.*

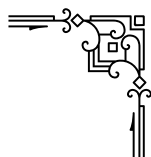
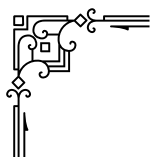
*El segundo es como el diamante
que taja y corta cadenas y hierros:
así destroza los temores que atan la voluntad.*

*El tercero a muralla firme se asemeja,
en la que resistir y vigilar conviene
soportando del tiempo el pasar.*

*Siete son estos aceros.
Cuatro en manos de los fuertes se perderán.
Tres, en manos de los débiles,
la salvación a su tiempo conseguirán.*

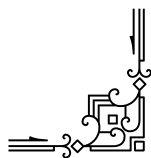
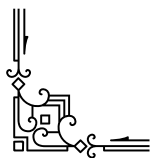
*Levantad el ánimo, defensores de lo eterno,
que aunque hayáis muerto viviréis
pues vuestra causa el brazo fuerte ha tomado
en vuestra defensa ha acudido
y la victoria final ha asegurado.*



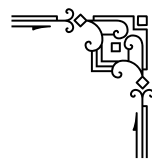
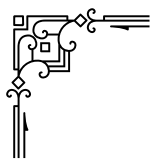


CANTO I

EL LOBO DE PLATA



*Canta, oh, lengua,
los grandes hechos que
en Siar tuvieron lugar.
Proclame mi boca la férrea
defensa y valeroso combate con el
que se defendió esa ciudad.
Narra la heroica gesta y no dejes
de contar la grande y postrera esperanza
que al Imperio desde
allí la fortuna quiso deparar.*



CAPÍTULO 1



Se sentía extraño, como observado. Todo era oscuro y confuso. No veía nada. Nervioso, trató de atisbar algo entre las densas tinieblas, pero sus ojos se habían vuelto como los de un ciego. Dio un par de manotazos en el aire, algo inquieto, pero no encontró nada. Estaba solo. Y, sin embargo, alguien, o algo, tenía clavados sus ojos en él: los sentía como dagas punzantes sobre su nuca. Con la respiración entrecortada, la inquietud creció hasta dejarlo al borde de la desesperación... hasta que pudo ver algo; estaba en un lugar en ruinas, bajo tierra. El techo era bajo. Se arrastraba e intentaba avanzar casi completamente a ciegas. Luego, el piso desaparecía y él caía y caía. Oscuridad, después una gran luz y algo enorme...

El fuerte sonido de las trompetas en la madrugada lo despertó sobresaltado y sudando. Otra vez esa pesadilla indescifrable.

Se quedó unos instantes boca arriba fijando la vista en la nada, pensando en la rareza de aquel sueño. Ya lo había tenido antes, pero entonces había sido más borroso. Suspiró mientras se tocaba la frente con una mano; aún estaba algo alterado.

Él era un joven de diecisiete años, aunque contra el parecer de los mayores se sintiera todo un hombre: si bien era delgado, su buena estatura y la fuerza adquirida por la disciplina marcial bien podrían, pensaba, haberle añadido uno o dos años más. No obstante, su revuelta y crespa cabellera castaña enmarcaba unas facciones proporcionadas en las que centelleaban, demasiado juveniles, un par de ojos café oscu-

ro que, para los veteranos de otros tiempos, revelaban patentemente su corta experiencia en esta vida.

Por una estrecha ventanilla se colaba un poco de luz plateada y tenue. La noche no había terminado aún y la habitación circular, de paredes de piedra y suelo de tablas de madera, estaba a oscuras. En un rincón de la estancia había una silla y una pequeña mesa; sobre la silla estaban revueltas algunas ropas sucias y descuidadas, y una no muy reluciente cota de malla; en la mesa había una vela apagada, y apoyados en la pared descansaban un escudo redondo de color azul y una espada envainada. Una escalera de madera venía de los pisos inferiores y continuaba su ascenso hacia los lugares más altos de la torre.

El sonido de pasos que bajaban devolvió de sus pensamientos al muchacho, que repentinamente recordó por qué se había despertado: las trompetas que llamaban a levantarse y a tomar posiciones habían sonado ya hacía más de diez minutos y estaría en problemas si no se apresuraba.

Se levantó de un salto, se quitó la camisa de dormir y comenzó a vestirse precipitadamente. Se puso los pantalones de lana y se estaba calzando sus botas cuando sintió que las zancadas se aproximaban y una voz le decía:

—¡Damián! ¿Estás listo?

—Casi, señor, casi —contestó mientras se acomodaba velozmente la cota de malla.

Llegó entonces el ruido de pasos hasta la estancia y se detuvo en ella y, junto con él, hizo entrada un hombre de porte imponente, solemne y marcial. Unos ojos azules y penetrantes se posaron sobre el joven Damián, quien sintió sobre sí toda la autoridad de aquella figura, reflejada de algún modo en su impecable uniforme, bajo el que relucía una centelleante armadura. Su rostro, que expresaba ya la experiencia de sus cuarenta y tantos años de vida, parecía encendido por su tupida barba y cabellos pelirrojos, que competían con el elegante penacho que coronaba el yelmo abierto sujeto bajo el brazo, mientras su mano enguantada se posaba sobre un puñal de bruñido acero, hermano sin duda de la rica espada que colgaba al otro lado de su cinto, la que a tantos enemigos

había abatido y que tan fielmente había defendido la ciudad. En fin, terminaba por señalarlo como hombre de armas y fiel soldado de su patria el gran escudo que portaba a sus espaldas, en el que campeaba el emblema de Siar: el lobo de plata sobre campo azul.

Nada más detenerse en la habitación, a la autoridad de su porte y mirada se unió la de su clara voz:

—¿A qué te refieres con «casi», chico? Estoy bajando para hacer la inspección y ¿qué quieres que diga de ti? ¿Que te has quedado dormido cuando deberías estar vigilando en las almenas? Allí fuera están esperando cualquier falla para entrar y aplastarnos. No podemos permitir que encuentren ninguna.

—Lo sé, mi capitán —respondió Damián—, lo siento mucho, no volverá a suceder.

El hombre lo miró con rostro grave. Desde que lo había aceptado como su hijo y escudero, no era la primera vez que oía esa excusa.

—Está bien —dijo con voz severa—, lo dejaré pasar por esta vez. Pero cínfete pronto esa espada y toma aquel escudo, te quiero ver en tu puesto y vigilante en poco tiempo, ¿entendido? —y diciendo esto se puso el casco y bajó la escalera con cara seria.

Sin embargo, cuando llegó al piso inferior dejó escapar una paternal sonrisa; había que tener paciencia, era un buen mozo, pero ¡cómo volaba su cabeza!

Damián se apresuró en ponerse el uniforme sobre la cota de malla —una sobreveste de tela con el lado derecho azul y el izquierdo blanco, y una capa azul sobre los hombros que usaban en los días fríos como aquel—, y bajó rápidamente la escalera, saliendo al patio de armas del castillo.

Apenas dejó la torre lo primero que vio fue la bandera de la ciudad ondeando en un torreón. Le habían enseñado su significado de niño. El lobo era la audacia y el valor con que se luchaba al estar unidos como una manada. El azul, representante de la fidelidad y el amor patrio, señalaba por lo que había que pelear. También el color plateado del lobo tenía su razón, era la clemencia que se debía guardar con el contrario. Sin embargo, aunque conocía los significados de los colores, le gustaba hacer su propia asociación: el blanco o plata era la nieve de

las montañas que desde el este observaban su ciudad y el azul el mar que bañaba sus playas al oeste.

Avanzó por el patio de armas hacia su lugar en las murallas mientras pensaba en las muchas veces en que había tenido que defender ese emblema. Todos en Siar estaban dispuestos a derramar su sangre por la defensa de la ciudad, y la guerra daba constantes ocasiones de hacerlo. Cuando comenzó el conflicto, él era tan solo un niño pequeño. Su padre había servido en la guerra bajo la bandera del emperador y no había tenido más noticias de él desde la batalla de los Campos Brunos; su madre había muerto al darlo a luz. Fue adoptado por el capitán William y se hizo su escudero cuando comenzó el asedio de la ciudad, hace cinco años ya. Desde entonces, había estado a su lado en muchas batallas. Por supuesto, quería mucho al capitán. Era un segundo padre, que le había enseñado bastantes cosas: solo a él le permitía estar presente mientras planeaba estrategias con los otros oficiales de importancia, lo que le había valido aprender mucho sobre este arte y adquirir velocidad para pensar y articular maniobras de guerra y planes de acción. Pero como por lo general se hallaba en las nubes, pocos lo sabían. Además, al capitán debía todo lo que sabía sobre el manejo de la espada y el combate cuerpo a cuerpo, lo que no era poco decir, pues se le consideraba en el castillo como un diestro espadachín.

Sumido en estos desordenados pensamientos, Damián atravesó rápidamente el patio de armas, tomó un poco de pan y queso de la cocina y subió a lo alto de las murallas, donde dio un vistazo rápido al terreno alrededor de la ciudad: al oeste se extendía el mar, al este, de frente a él, se veían los agudos picachos de la Cordillera de las Montañas Dentadas y en sus faldas algunos bosques. En el pequeño espacio entre estos y la ciudad se situaba un ejército. No obstante, el grueso del poder del adversario, según había oído decir, se encontraba combatiendo en otras tierras. Habían construido una muralla alrededor de sus tiendas de campaña, que se situaban justo al límite del alcance de sus arcos y ballestas.

Dentro del campamento había mucho ajetreo y alcanzó a ver que sus vigías oteaban constantemente el mar, como si esperaran algo. Mordió

un pedazo de pan. ¿Es que se estaban preparando para otro asalto? ¿Esperaban a alguien? Quizás...

—Damián —una voz familiar lo sacó de sus pensamientos y se dio la vuelta para ver quién lo llamaba.

Era un chico como de su edad que le sonreía, de rizado cabello negro, ojos verdes, facciones risueñas y con una pequeña nariz roma. Para su sorpresa, era Julián Guarlion, su amigo desde siempre.

—¡Julián! ¿Qué haces aquí? —exclamó con júbilo Damián—. ¿No se supone que deberías estar vigilando la torre oeste?

—Así era hasta hoy, pero Orencio enfermó y me transfirieron aquí, soy tu nuevo compañero de guardia.

—¡Qué bien! Es decir, lo siento por el pobre Orencio, ¿qué le pasó?

—¿Recuerdas esa noche que llovió?

—Sí.

—Bueno, le tocó hacer una ronda de guardia nocturna, pescó un buen resfriado y ahora vuela en fiebre. Deberías ir a verlo.

—Irán a verlo después de que terminen su ronda —irrumpió una voz grave desde atrás. Ambos se giraron asustados y vieron al capitán William—, pero ahora concéntrense en ver eso. —Y apuntó con un dedo al ejército enemigo—. Hay mucho ajetreo allá abajo y quiero que me informen sobre cualquier cosa que noten anormal. Y una cosa más: será mejor para ustedes dos que la próxima vez que venga a hacer la inspección los encuentre más concentrados en vigilar o deberé separarlos.

—Sí, señor —respondieron a coro los dos.

—Bien.

Diciendo esto, se retiró y dejó a los jóvenes en su tarea.

La mañana transcurrió penosamente lenta para Damián, que no veía la hora de que su ronda terminara, aburrido de hablar solo sobre lo que veían en el campamento rival. Y como en este no ocurría nada fuera de lo usual, se imponía un largo silencio, en el que revoloteaban por su cabeza distintas sensaciones y preocupaciones que hacían más insoportable la espera: tenía hambre y quería ir a ver a Orencio. Él solo había tenido fiebre una vez y sabía lo mal que se podía sentir y lo

fatigoso que era tener alucinaciones. Además, la fiebre podía ser algo grave, sobre todo estando la ciudad sitiada.

Pero pronto salió de su tedio, ya que alrededor del mediodía, cuando faltaba poco para que terminara su ronda, un hombre vestido de negro, sobre un caballo del mismo color y escoltado por los jinetes más altos que hubiese visto jamás, vino desde el mar y entró en el campamento, siendo rápidamente guiado a la tienda central.

—¿Viste eso? —preguntó Damián a su amigo.

—Sí.

—¿Y has visto la altura de los escoltas? Deben llevarnos a lo menos dos cabezas. Nunca había visto hombres tan grandes.

—No estoy seguro, pero creo que eran garbeos.

—¿Los hombres de las montañas del norte...? ¡Pero eso solo puede significar que se están acercando los fenóritos! ¡Debemos decírselo al capitán!

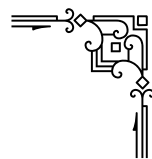
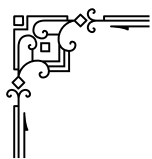
—Espera... —dijo nervioso Julián—, espera... a ver qué sucede.

Al poco después, el hombre salió del campamento y se dirigió a todo galope hacia el sur, hasta internarse en un bosque y desaparecer.

—Julián —dijo el escudero sin despegar la vista del campamento—, corre y avisa de lo sucedido al capitán, yo me quedaré aquí a ver si pasa algo más.

No había terminado de decir esto cuando su amigo ya salía presuroso en busca de *sir* William. Una vez solo, notó con nerviosismo que los enemigos ya no vigilaban el mar como antes. Lo que sea que esperaban parecía no preocuparles más. Un escalofrío recorrió su espalda y comenzó a sentir temor.

—Esto no puede estar bien —dijo para sí y apretó la empuñadura de su espada para darse valor—, esto no puede estar pasando.



CAPÍTULO II



Julián corrió escalera abajo tan rápido que tropezó en los últimos escalones y cayó de cara al suelo. Se levantó aceleradamente y, sin limpiarse el barro del rostro, continuó hasta el cuartel de la guardia. Era un pequeño edificio de un piso arrimado a la muralla que se unía a la torre principal del castillo. Tenía una puerta de madera reforzada con hierro, como las demás que había en la fortaleza. En ambos lados del dintel estaban colgados dos estandartes con la insignia de la ciudad.

La puerta estaba cerrada con llave, no había nadie dentro. Entonces, ¿dónde podría estar el capitán?

Miró a su alrededor: el patio estaba vacío y en las almenas no había ni siquiera un guardia; todo era silencio en la fortaleza.

—Piensa, Julián —se dijo el muchacho—, si fueras el capitán William y no estuvieras haciendo ronda ni inspecciones y tampoco estuvieras en el cuartel, ¿dónde estarías? Sí, ya lo sé, cabeza hueca, tú estarías comiendo, durmiendo o haciendo alguna tontería de la que lamentarse con Damián, pero ¿qué haría el capitán? Bueno..., a él siempre le gustó ver las montañas, cada vez que puede cuenta esas viejas historias de sus aventuras juveniles como montañista, y cualquier cosa grande, poderosa o iracunda la compara con la montaña... o con el mar, jeso es! Iría a contemplar las montañas o el mar, pero ¿en qué sitio se pueden ver al mismo tiempo, donde se pueda estar solo y sin los soldados que te distraigan de tus meditaciones?

Mientras pensaba en esto sintió que algo golpeaba su casco, que chorreaba y goteaba por uno de los lados, ensuciándole la cara con algo

pegajoso y blanco. Con un muy mal presentimiento, se sacó el yelmo para ver qué era y sus sospechas fueron confirmadas: una gaviota había dado en el blanco.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Lo he pulido esta mañana!

Furioso, levantó la vista al cielo, pero al hacerlo ya no le interesó más ver al pájaro autor de la broma.

—¡Claro! ¡La torre! —exclamó con alegría.

Delante de él se levantaba un viejo torreón, ya inhabilitado por el tiempo, construido como observatorio y biblioteca para el druida principal de la ciudad. Pero hace mucho tiempo que la sede estaba vacante, el archidruida de Siar había muerto y nadie tenía la autoridad para nombrar otro desde que, después de la caída del emperador y de los reyes, el gran guía huyera al sur junto al príncipe y se le perdiera todo rastro.

La torre era alta y con algunas —aunque no muchas— ventanas; la cal que blanqueaba sus murallas se estaba descascarando y el edificio en sí no se encontraba en muy buen estado. La parte superior tenía almenas y era redonda como el resto de las torres de vigilancia, pero era inútil para este propósito porque al lado de ella se alzaba, alta y robusta, la torre del homenaje o torre principal del castillo. Las puertas de roble estaban entreabiertas, lo que probaba que alguien había estado allí hace poco.

Apoyado sobre las almenas, el experto capitán meditaba. Frente a él, se desplegaba el portentoso espectáculo de las Montañas Dentadas.

Pero la vista de *sir* William no se perdía en aquel paisaje. Su mirada, profunda, parecía penetrar más allá, trayendo a la memoria lo que habían sido aquellos largos años de guerra y la historia que los precedió, tratando de encontrar alguna razón a los acontecimientos, alguna esperanza, algún atisbo de luz. Pero en cambio, solo veía que la situación empeoraba, cada vez estaba más convencido. Desde que hace ya algunas centurias Fenórito proclamara su rebeldía y separara al pueblo entre los que lo seguían a él, los llamados fenóritos, y los fieles, solo hubo males para la humanidad. La ruptura de los druidas luego de la Indecisión, optando por uno u otro bando, había terminado con la multisecular unidad espiritual.

Su mente hurgaba en los recuerdos y traía a la memoria aquello que sabía del devenir histórico de las Tierras Occidentales. Fenórito, el druida rebelde, el que negó la veracidad del Creador y proclamó un camino de licencias y arbitrariedad, provocó la confusión de los pueblos y el período conocido como el de la Indecisión. Vino entonces la Primera Guerra Druídica y los herejes fueron expulsados. Se asentó el poder del Imperio y transcurrieron siglos largos antes de que los fenóritos, desde el norte, volvieran al ataque. Había sido el comienzo del fin. Recordó la batalla de los Campos Brunos: allí murieron el emperador y los reyes. Luego, Siar quedó sitiada y aislada. No tenía mucha más información sobre el curso de las cosas después de aquel desastre; salvo que Dáladon, la capital, fue conquistada y los hombres leales al príncipe huyeron con él y el gran guía, cabeza de los fieles, a los pantanos del sur, donde se mantenía lo más cruento de la lucha. Mientras, aquí, cinco años de asedio y, dramáticamente, parecía que se estaba cumpliendo aquello de la profecía de Luciano el Vidente:

*¡Terrible destino! Así como las arenas en el bravo mar se deshacen
de ese modo desaparecen, muriendo y luchando,
quienes con valor lo eterno defendieron.
Una sombra se proyecta, como muro que aplasta.
Cayeron los soberanos y la luz se esconde,
es este el tiempo, es esta la noche de los cerrojos y de las tinieblas
que toda verdad y luz niegan.*

Sin embargo, el caballero no perdía la confianza. Ya vendrían días mejores, aunque él no los viera. Los fenóritos negaban al Creador, o al menos creían que este los engañaba, que no era quien decía ser. No obstante, ya tan solo el hecho de que se estuviese cumpliendo el augurio, anterior incluso de la Indecisión —y, por lo tanto, antes de la aparición de Fenórito—, era señal de que Él estaba allí, que era parte de sus planes, que todo esto no podía sino acabar bien. Guardó un minuto de silencio en su interior, perdida su vista entre los nevados picos. A su mente vino una vieja leyenda que, desde hace unos años, cuando las cosas comenzaron a empeorar, se había esparcido entre el pueblo.

Muchos parecían aferrarse a la esperanza que encerraba ese relato, y los bardos, incluso los gobernantes, la habían sabido aprovechar para mantener en alto el ánimo. Él no estaba seguro, pero la historia parecía ser hasta cierto punto verosímil; máxime cuando aparentaba tener base en los versos finales de la profecía del Vidente. Pero los hechos que narraba la leyenda se situaban casi medio siglo después de ser pronunciado ese vaticinio, y bien podrían haber sido acomodados. No obstante, el relato era un imán poderoso para los corazones de los que buscaban sobreponerse a los acontecimientos, y no podía evitar aferrarse a él como a un madero en medio de las olas. Recordó los versos de la profecía en los que se basaba la leyenda:

*Que clamen las trompas, canten los vientos:
una luz se enciende en las tinieblas, y el brazo fuerte las disipa,
siete son las antorchas, y tres de ellas brillan como el sol.
Oíd bien y entended;
Las cuatro primeras son refugio y defensa de los pueblos,
las otras tres son su salvación.
(...)
Siete son estos aceros.
Cuatro en manos de los fuertes se perderán.
Tres, en manos de los débiles,
la salvación a su tiempo conseguirán.*

Eran versos oscuros, cierto, pero la historia y la tradición los habían llenado de sentido. Después de la Primera Guerra Druídica, derrotados los fenóritos y exiliados a las frías tierras del norte, hubo un druida sabio, de nombre Ansálador. Conocía muy bien las doctrinas de los herejes, pues durante la Indecisión las había estudiado a fondo y discutido con ellos, tratando de mostrarles sus errores. Sabía él que los fenóritos volverían, antes o después, con más fuerza y afán de venganza. No le creyeron, salvo unos pocos. Ante esto, el viejo druida forjó varias espadas, de cualidades maravillosas, entregándoselas a los reyes para que con ellas defendieran a sus pueblos y conservaran los dominios. Nunca hubo armas como aquellas, y fueron llamadas las Cuatro Grandes Espadas; una en

manos del rey arverno, otra en las del rey turdetano y una más para el rey longobardo, que era también el emperador a quien obedecían los demás reyes. La cuarta espada la entregó al caballero dragón.

Las fronteras del Imperio fueron aseguradas entonces, y se vivieron largos siglos de paz. Hasta aquí lo histórico, pensó *sir* William. Pero la leyenda decía que Ansálador no forjó solo cuatro Espadas, sino siete. Las otras tres, las Supremas Espadas, las escondió esperando el momento de su oportuna revelación. La profecía hablaba de siete aceros, siete antorchas. Y esto calzaba con la leyenda. Además, en los Campos Brunos, al morir los reyes, el emperador y el caballero dragón, se perdieron las Cuatro Grandes Espadas. ¿No coincidía eso con lo de que *cuatro en manos de los fuertes se perderán./ Tres, en manos de los débiles,/ la salvación a su tiempo conseguirán?* El resultado era que, de pronto, el pueblo se hallaba expectante. En cada esquina se comentaba que la hora de las Supremas Espadas debía de estar por llegar. Tenían que revelarse ya. Y *sir* William pensó que, de existir aquellos aceros, no había mejor momento que este para que aparecieran. Si el Creador estaba de su lado, difícilmente habría circunstancias más propicias para que se manifestara de ese modo su ayuda.

Julián entró en la torre, sin detenerse en las estancias o en la biblioteca. El capitán únicamente podía estar en la parte superior.

Mientras subía las escaleras, no pudo evitar recordar al archidruida, viejo ya al momento de comenzar la guerra. Buena parte de los druidas fieles de Siar acudieron al llamado del emperador y marcharon a la guerra para apoyar al ejército y servir a los combatientes. Y, como casi todos los que partieron a la masacre de los Campos Brunos, nunca volvieron. Recordó entonces que, ya cercano a la muerte, el viejo ocupante de la torre había declarado, causando gran revuelo, que el actual conflicto era un divino castigo. Ya desde hace tiempo, años antes de iniciarse la guerra, los druidas fieles denunciaron los excesos y vicios de un Imperio que cada vez se sentía con mayor autoridad y seguro de sí mismo; pero sus advertencias llegaron a oídos sordos.

Vistas las cosas ahora, Julián sentía cierta inclinación a encontrar razón al difunto. En cuanto a costumbres se trataba, la situación parecía



7/11-VII 2013

mejorar; al menos, los hombres estaban luchando por ideales nobles y grandes y, si vencían, el Imperio saldría completamente renovado de sus cenizas. La guerra era un flagelo, un castigo, pero un castigo del que estaban sacando lecciones muy importantes. Si así era, ¿por qué no podía ser querido, o permitido al menos, por el Creador?

Ya casi llegaba al piso superior. Delante tenía la puerta trampa que conducía al aire libre. De reojo, antes de abrirla, vio una pequeña estancia en la que había un escritorio y, sobre él, un libro.

Inexplicablemente, su corazón dio un vuelco y se sintió impulsado a entrar, por algo que no era simple curiosidad. Pero se contuvo, no podía perder tiempo ahora.

Salió a la parte superior de la torre y la luz del mediodía lo cegó por unos segundos. Luego pudo ver que, apoyado contra las almenas, *sir* William estaba embelesado mirando las montañas que se alzaban gigantescas delante de él.

Y es que no en vano estaban orgullosos los siarinos de su ciudad, y tenían tantas canciones sobre su belleza y sobre la añoranza que tenían de ella los marineros que en otros tiempos se adentraban en la mar:

*¡Oh, Siar!
¡Ciudad que no tiene igual!
Oye quién te canta, ciudad de mis amores,
pues como tú no hay otra bajo el sol:
de montañas cortejada, tienes tus pies en la mar,
y por la mar vengo yo
¡Oh, Siar! Después de tanto viajar...*

Julián no pudo evitar tararear en su cabeza esta estrofa al ver al capitán tan absorto en la contemplación del paisaje. Frente a ellos, y al fondo de las praderas boscosas, se levantaban las nevadas peñas de las Montañas Dentadas, que parecían querer alcanzar el cielo. Entre todos, había un monte que destacaba alto sobre los demás, el Pico de Aton, llamado así en honor a un poderoso caballero que había derrotado al gigante que, según la leyenda, vivía en sus blancas cumbres, pero que, una vez victo-

rioso, había muerto al intentar regresar. Esta montaña se alzaba imponente y parecía agujerear el firmamento con su aguda punta. En esa mañana de finales de otoño, las nieves de los montes eran tan candidas que se asemejaban a nubes o espuma de mar. Contrastaba con su blancura el profundo verdor del Bosque Grande, a los pies de la cordillera, que extendía hacia el sur sus árboles de hojas perennes y oscuras hasta donde alcanzaba la vista. Las estrechas pero doradas praderas que se extendían de este a oeste, desde las montañas a la ciudad, habrían sido bellísimas si no fueran afeadas por la terrible presencia del ejército enemigo.

La ciudad misma era hermosa: sobre una escarpada colina, suavizada un poco en el flanco noreste, donde se encontraba el campamento fenórito, se elevaba la imponente fortaleza de Siar, con sus torreones, su corpulenta Torre del Homenaje y su doble línea de murallas defensivas blanqueadas con deslumbrante cal. Hacia el suroeste se encontraba la Puerta del Cuerno, que comunicaba la fortaleza con la ciudad amurallada, llamada así porque antiguamente, antes de la construcción del campanario, cuando había peligro, desde allí se tocaba un gran cuerno que ordenaba a los pobladores refugiarse en la fortaleza. Y si se dirigía la vista hacia el oeste, al otro lado de Siar, se podía ver extendido un enorme y calmo mar azul que competía con la claridad del cielo. Pero más allá, aquel cielo se oscurecía por densos nubarrones negros que se acercaban anunciando tormenta.

Julián se acercó un poco al capitán y dijo titubeante:

—Capitán, señor, tenemos un problema.

Sir William pareció volver de un hermoso sueño y con movimientos lentos sacudió la cabeza y miró a Julián.

—Julián —dijo el capitán—, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Pasa algo?

—En realidad sí, señor, tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Es difícil de explicar...

—Solo habla ya —apremió el capitán, que entendió que se trataba de algo grave.

—Hemos visto llegar un mensajero al campamento.

—¿Un mensajero? ¿Qué tiene eso de especial?

—Estaba vestido de negro y cabalgaba sobre un caballo negro y... venía escoltado por garbeos.

—¿Garbeos? ¿Estás seguro?

—Sí, eran muy grandes y estaban bien armados. No hay duda de que son gentes de las montañas.

—Maldición... —dijo *sir* William como para sí—, de todos los pueblos posibles, tenían que ser garbeos. Esos hombres darían a sus hijos con gusto como pasto para las fieras si les aseguraran que con ello sería aniquilado para siempre nuestro Imperio... —y luego agregó, ya dirigiéndose a Julián—: ¿No pudiste ver nada más? ¿Algo extraño que haya sucedido cuando llegó ese mensajero?

—Yo no vi nada más, pero Damián está vigilando aún.

—Bien, entonces debemos ir a las murallas, quiero hablar con él.

Tras esto, tomó su casco y escudo del suelo y se apresuró a bajar las escaleras con Julián detrás, pero, al pasar por delante de la habitación del libro, el chico se rezagó y volvió a mirar en su interior. Observó el tomo sobre la mesa y no resistió el impulso de tomarlo. Mientras lo tenía entre las manos, le pareció que algo cambiaba en él. Con manos temblorosas, como si estuviera haciendo algo prohibido, empezó a abrirlo... Entonces escuchó que el capitán lo llamaba y, sin pensarlo, se guardó el libro dentro de los pliegues de la capa y se apuró en bajar las escaleras para alcanzarlo.

Julián agradeció mucho que el capitán no le preguntara qué se había quedado haciendo, y ambos corrieron hasta las murallas donde se encontraba Damián, quien observaba fijamente cada movimiento del adversario, sobresaltándose al escuchar la voz del capitán.

—¡Damián!

—Mi capitán —respondió sorprendido—, no lo vi llegar.

—Eso no importa ahora, ¿has visto algo extraño aparte del mensajero negro?

La pregunta lo encontró desprevenido y le tomó unos momentos contestarla.

—Eh... bueno... he estado vigilando y...

—Ve directo al punto, hijo —ordenó ansioso *sir* William.

—Antes de que llegara el mensajero me di cuenta de que los vigías del campamento estaban muy impacientes mirando hacia el mar, luego llegó él, justamente de esa dirección, y luego de irse dejaron de vigilar y el campamento comenzó a reorganizarse. Han hecho avanzar mucho a las catapultas, y por allá trabajan en las torres de asedio. Creo que se preparan para un ataque.

—Y crees bien, porque no hay ninguna otra razón posible por la cual harían todas estas cosas. —El hombre se detuvo un momento a observar él mismo el movimiento en el campamento—. El mensajero al que esperaban —continuó al cabo de un rato— debe de haberles dado alguna clase de orden de ataque. No creo que debamos preocuparnos más por eso. Mandaré que se fortifique mejor todo este lado y alertaré a las tropas. Han hecho un buen trabajo, muchachos. Tómense un descanso, ya es hora de almorzar, pero estén listos para resistir un ataque en cualquier momento.

—Si me permite, señor —comenzó Damián—, me parece que esperan algo más que a un mensajero, no creo que sea bueno fortificar únicamente un lado de la fortaleza. Deberíamos dejar centinelas en toda la ciudad.

—Solo hay enemigos por este lado, Damián, y los estás viendo. No podemos gastar escasísimos recursos inútilmente. ¿Crees, acaso, que llegará alguien más de alguna parte? ¿El Ejército del Norte, quizás?

Damián se sonrojó, pues creía que el Ejército del Norte, como llamaban desde hace unos años a la principal fuerza fenórita, vendría a la ciudad. El capitán no le dio importancia o simplemente no lo notó, pues continuó diciendo:

—El Ejército del Norte está luchando en tierras demasiado lejanas como para llegar aquí tan pronto, además, no puedo dejar a los soldados en zonas que puede que no sean atacadas, cuando un ejército entero puede intentar asaltarnos por este lado de la fortaleza. Sería un desperdicio de hombres que podrían ser cruciales para la victoria.

—Pero... —interrumpió Damián, a quien las ideas del capitán no convencían del todo.

—¡Nada de peros! No insistas, Damián. Irán a comer algo y a descansar, tienen la tarde libre. Al atardecer los quiero sobre las alme-

nas, tendremos una dura velada. Probablemente atacarán al alba y los necesito reposados para trabajar durante la noche en las fortificaciones.

—Sí, señor —respondieron a coro.

Sin decir más, el capitán se retiró y los dos amigos bajaron de las murallas en dirección a la cocina.